Las potencias del alma

Antonio de la Trinidad Ruiz

Paz y bien. Hace veintitantos años, un día que era medianoche (escribo esto de memoria, esa veleidosa, pero no lo voy a cotejar con los testigos ni se atreverán a negarme la mayor), estaba soplando con amigos en la casa de una abuela muerta. En lo de soplar seguro que no marro el recuerdo, a la fecha de estas letras mantengo un entrenamiento olímpico que lo impide. Había allí un salón cariñoso y un sofá esencial, calle Juan Lirola, capital de Almería. Estuve apoltronado en él, nunca olvido un sofá. Otra cosa es un sillón, claro, un buen sillón es como si nos hablara Dios o Alma Mahler nos enviase una postal franqueada en la oficinita postal del balneario de Baden-Baden. Lo mío era la tapicería, también quizá una tienda de colchones, que tiene menos faena: no supe ver la luz a tiempo, qué lástima de hijo. En la casa también había una gata que se me arrimaba de tanto en tanto aunque no me conociera ni seré de fiar. Esta gente que estábamos allí nos encontrábamos cada uno con sus vidas asomadas a nuestra propia encrucijada o despeñadero: yo sigo desnortado o cayendo hasta dar al mar, que es el morir sin panegírico ni siquiera una nota necrológica junto a la boda de Isabelita Mazuecos, la mayor de los Mazuecos, los de la fábrica de encurtidos. Manrique, amor mío, qué solos nos dejaste. Entre los cuerpos presentes aquella noche, Francisco Uceda y Jesús D. G. Robles, autores de estos «Fulgores vanos» de los que desde este atrio se huele la sangre y la pólvora.

Qué ventajosa alegría si se pudiera precisar con exactitud el punto y la hora en la que va a descargar un rayo calcinador, porque todo sería convidar para la merienda a las personas apetecidas en el lugar previsto y ser impuntual.

Uceda ya había roto para la fotografía y hecho méritos que darle a la rotativa, exposiciones, bienales de arte joven, un libro de collages, cosas fundacionales que se aplaudieron mucho. Desde entonces no se ha detenido ni agostado el caudal. Aquel día mencionó que le había salido un trabajo muy bien pagado fotografiando estos bodegones que anuncian los supermercados en los papeles del buzón. Puesto que estaba a la última pregunta (ahí sigo, como un campeón), me pareció una alternativa estupenda para ganarse cien duros constantes, teniendo en cuenta que el faldón de ternera no protesta por el calor del foco y los folletos del hiper son más honestos que la prensa diaria. Se lo dije muy contento, creo que incluso le di la enhorabuena, pero me detuvo en seco:

—No me interesa ganar el pan retratando hamburguesas mixtas entre perejiles y cabezas de ajo.

—¿Y canastas de peras conferencia?

—Tampoco. No insistas.

Algo así. El tiempo le ha dado la razón constantemente. A mí me sigue pareciendo una oferta atractiva, de modo que el libro lo saca él y Robles y no yo. Qué ventajosa alegría etcétera.

A todo esto, de Robles era sabido su humor escabechado en vitriolo y unas letras primerizas liberadas en el hastío de sus licenciaturas y sus escuelas de idiomas, donde a la salida iban los novios a recogerle por su agudeza duralex y el filo de la chaira. Más allá, solo doscientas o trescientas pesetas en el bolsillo. En los tiempos que se escribían cartas de amor (pretendientes, camaradas, mamá, tanto da), Robles echaba sus líneas preceptivas despistando el mensaje principal —si lo hubiere— con tres dibujos recurrentes que aparecían en los márgenes, entre líneas o al pie de firma, esos dibujos de moscas bisojas, mierdas y hongos nucleares por doquier. Y en el apocalipsis, no siempre, un corazón inesperado, el borrón del escribano en la tonadilla de la guapa. El autor de veras vio la luz años después, la literatura dramática le dio el oxígeno y le armó el cohete.

—Vamos a acostarnos que esta gente querrá irse.

—También es verdad.

He asistido con pasmo al alumbramiento de estos fulgores contenidos en un volumen ultramarino, amoroso y deparador de sorpresas. Fulgores vanos, sí, pero también exquisitos porque no hay otra forma de vanidad o es vergonzante. Podría desvelar algunos de sus secretos, las puertas detrás de los espejos y los picaportes invisibles, pero al mago que desvela sus trucos se le destierra y si los trucos son los de otro se le asesina, y hay normas que no deben moverse jamás por salvíficas e higiénicas. Cómo sus autores, Uceda en la imagen y Robles en la letra, han logrado este cuerpo glorioso, espléndido en su unicidad, tan equilibrado (qué difícil la sintonía entre dos artistas radicalmente dispares, algunos recordarán ocasiones que degeneraron en potajes) es, sin embargo, un misterio para mí aunque estuve presente desde el mismo instante que se concibió la criatura.

—¿Es usted voyerista?

—Mucho. Deje de marear.

La edición de estos «Fulgores vanos» es como la llegada del quimérico inquilino que los vecinos comentan en el patinillo o el ascensor, y piden a la portera que no pierda ojo y hasta que le registre la basura por ver qué come o si bebe sangre. Cualquiera de sus páginas es un aguijonazo, algunas veces gozoso, otras derechamente letal, siempre estimulante y necesario en estos tiempos de anaqueles vencidos por el peso de nuevos libros muertos que no dicen nada y solo llaman al llanto y el rechinar de dientes. La brillante perversión de esta parábola de los talentos, la demolición de las peanas del santoral y la renovación de la iconografía por la vía de una rabiosa imaginación plástica y literaria, donde resuena una polifonía que a veces es Tomás Luis de Victoria y otras Paul Hindemith con todos los siglos que caben en medio, no es sino el triunfo de las tres potencias del alma, que han asistido a los autores (uno en Riverdale, el otro en la

Almedina, qué cosas) como esas damas celestes que amparaban a los soldados en la trinchera y los devolvían salvos a casa.

—¿Confía usted sus días a la patraña supersticiosa y mágica?

—Quítese de aquí, por favor.

Hay efectivamente una magia constante en este libro que fascina al espectador/lector y que lo espolea a no bajar la guardia jamás. Compilación de rosa y látigo, los autores entregan a una pira purificadora el *dramatis personae* de la Historia y lo hacen con una sonrisa sardónica y fumándose un puro: en esto consiste mucho ser y estar en artista, cualquiera que sea la disciplina a la que el artista sirva y se someta; en esto y en joder al escalafón. Parque de atracciones para adultos, con su tren de la bruja y su pasaje de los enamorados, «Fulgores vanos» es el gran teatro del mundo porque sí, una parada de monstruos, una feliz idea jubilosamente materializada por la memoria, el entendimiento y la voluntad de Uceda y Robles. Que al pasar cada página uno no sepa si se va a encontrar con una bomba desmembradora, una metralleta, una colcha de seda o randas de encaje, corre a cuenta del riesgo del lector. Hay que atreverse siempre. Pasen la página. Este es un viaje alucinante.

En Almería, primavera de 2021.

Fulgores vans

Las imágenes tienen memoria de ***pez****.*

*masc.***1.** Vertebrado acuático de circulación sencilla.

*fem.***2.** Sustancia negruzca, muy espesa y pegajosa.



Miguel

«¡Ay!, advierta vuestra merced que uno solo de los naturales de la comarca de la Costa hace en el dar tormento fuerza de media docena galeotes, y faltan mañanas en un año para dar pregón de la caterva de agravios con que purgan las intrépidas voluntades que para cumplir los cobros de la Hacienda Real allá se desventuran; mire que hicieron mudanza de sus votos y moran a fe en la morisma, con rostro bermejo, como el Turco, y con lengua similar en impertinencias: bien crea vuestra merced que si al uno le crujen al paso los damascos, a los otros la mollera, que la tienen a poniente de berbería y desarmada de malla. Por lo podrido de su encomienda retroceda usted a Granada con presteza, pues querrá la suerte que las alcabalas que demande a los motrileños le sean devueltas recias en palos y cortas en maravedíes, y la única tercia que despache su grande entendimiento montará treinta duelos, que no ducados, que se mete sin cebo en palomar revuelto y vale más gallina discreta que pollo sin plumas.»